



esos “innumerables”, en donde uno se pierde cuando sondea hasta el fondo, hasta un fondo desprovisto precisamente de fondo.

Felicidad y vergüenza

San Agustín repasa en que “acciones vergonzosas” le llenaron de alegría en el pasado. “Pienso en ellas con pesar, pero ya pasaron, y es por lo que yo me acuerdo con tristeza de mi alegría pasada”. Y continúa: “Pero, ¿dónde y cuándo he experimentado la felicidad, para que me acuerde de ella, la quiera y la desee? Y no es solamente yo y algunos quienes la deseamos, sino todos, absolutamente todos, queremos ser felices”. Este “primado de la conquista de la felicidad”, del que habla Wilson en nuestros días a propósito del obispo de Hipona (y seguramente uno de los rasgos de la modernidad paradójica de su pensamiento), no es en san Agustín un simple postulado teórico, sino una necesidad lacerante y vivida. ¿Cómo ser feliz, si me doy cuenta de que lo que antes me hacía ser feliz, ahora ya no lo hace; si me doy cuenta de que la memoria me confronta ante mí mismo, ante mis placeres y mis eventuales iniquidades? ¿Cuál es la felicidad verdadera, verdaderamente eterna y definitiva? ¿La del pasado? ¿Pero no podría ser la actual en el futuro una felicidad parcial e incompleta, de la misma manera que yo veo la pasada? Lo infinito de la memoria no es

Miniatura de un manuscrito del siglo XII de la obra *La ciudad de Dios*.

más que el anverso de una felicidad incommensurable...

Uno de los nuestros

Un comentarista actual de san Agustín ha señalado que “antes de ser santo, Agustín fue un hombre como nosotros, uno de nosotros. Conoció nuestras debilidades más comunes”. Y, en efecto, ésta es una de las razones por las que es mejor comprendido que esos santos inmaculados. De la misma forma, su conversión sinuosa y progresiva, fruto más del intelecto que de una simple aparición en el camino de Damasco, como es el caso de san Pablo, parece mucho más convincente y real. Sí, es como nosotros: sensible a las tentaciones y pausado en las deducciones. Agustín ama con profundidad durante su vida a las mujeres. Vive en concubinato en varias ocasiones, e incluso en Milán, cuando ya está casi convencido de la verdad del cristianismo, es remiso a abandonar a la mujer con la que vive, su mujer al fin y al cabo, a la que ni tan siguiera nombra... Aurelius Augustinus



Una representación de *La ciudad de Dios* basada en la concepción de san Agustín.

lucha contra san Agustín y viceversa, hasta que por fin, y a pesar de que no lo prohíben las Sagradas Escrituras, como él dice, renuncia a la vida conyugal.

Amor de hombre

Pero también Agustín ama a un hombre. Gide afirma que es homosexual, pero no hay que entrar en afirmaciones anacrónicas. Como narra en el libro cuarto: “Me uní a un amigo que la comunidad de estudios me había vuelto infinitamente querido” —siempre lo intelectual y lo sensual en mutua unión—. Y añade: “Pero no era todavía mi amigo; e incluso cuando lo llegó a ser, no fue una verdadera amistad. (...) El pensamiento de este hombre se perdía con el mío y no podía quitármelo de encima”. Al año de esta relación, el “amigo” muere, pero no el recuerdo de su amistad, “más dulce para mí que todas las dulzuras del mundo”. Un tiempo antes de su fallecimiento, durante la agonía, su amigo es bautizado sin saberlo. Cuando se repone, durante unos momentos de su estado febril, Aurelius Augustinus le informa de su conversión. El amigo lo toma a mal, y —según sus palabras— “me miró con horror, como a un enemigo”. Un gran dolor entenebrece su corazón. Y concluye: “Me había vuelto con respecto a mí mismo un gran problema”. Quizá también el sujeto humano siga todavía en ese “gran problema”.